

*“La oveja perdida y encontrada”*

Sal. 119:169-176; Ez. 34:11-24; 1 Timoteo 1:12-17; Lc. 15:1-10

Jesús, Hohenau,  
Cap. Miranda.

*“Yo anduve errante como oveja extraviada”* (Sal. 119:176), es la conclusión del Salmo 119. La confesión de nuestra fe comienza por el anuncio de que estábamos perdidos, que caminábamos sin rumbo, buscando a tientas, sin encontrar el camino de regreso a casa. Así es la condición del ser humano, también en estos días. *“Yo anduve errante como oveja extraviada”*. Pero, *“lejos de mi Padre Dios, por Jesús fui hallado”* (Himno 493 Chi.). Porque *“la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús. Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”* (1 Ti. 1:14-15).

En la parábola de la oveja perdida y encontrada, podemos conocer esta maravillosa historia: Jesús, el Buen Pastor, es capaz de dejar las otras noventa y nueve ovejas para salvar a una sola que se encuentra perdida. Una oveja sin pastor, y sin rebaño. Se encuentra asustada, sin rumbo, sin esperanza de vida. Por caminos oscuros se ha metido, y no sabe regresar. No tiene sentido de dirección. Camina y camina, pero se agota cada vez más. Hambrienta y con sed, esta oveja perdida, va probando lo que puede encontrar en el camino desértico. Hasta prueba ciertas plantas que antes no acostumbraba comer, ciertas plantas con espinas, que le lastiman; otras, son plantas tóxicas, perjudiciales para su salud. Y así va caminado la oveja perdida, metiéndose cada vez más adentro en el desierto, cada vez más lejos de casa, de sus compañeras las ovejas, y fundamentalmente lejos de su pastor.

Esta oveja se siente triste, sin ayuda. No tiene a nadie que escuche su voz. Se siente sola la oveja, porque no tiene a nadie quien le atienda, quien se siente a su lado para compartir. Esa misma soledad dolorosa y terrible que se siente en este mundo cada vez más alejado de Dios, cada vez más materialista. Por eso, las ovejas perdidas de nuestro tiempo creo que especialmente son los jóvenes de nuestra sociedad, que no tienen ideales, o bien que los han perdido, y bien que no sienten el apoyo de sus padres. Las ovejas perdidas de hoy en día, son los ancianos abandonados por sus hijos, librados a la suerte del destino, al hambre, el frío y la soledad. Las ovejas perdidas, son los que se han metido en las sectas, en grupos esotéricos, en sociedades secretas, en la mafia de la droga, y que ya no pueden salir porque si no los matan, o hay acosos y amenazas. Las ovejas perdidas de nuestro tiempo, son los políticos, los gobernantes de turno, que están borrachos con el poder, que no les importa que el pueblo sufra a causa de su corrupción tantos males, tanta desigualdad. Las ovejas perdidas de hoy, son los falsos pastores, los falsos profetas, que prometen el cielo aquí en la tierra, autos y prosperidad económica, como si la fe cristiana se tratara del éxito material, de ser exitosos en todo y en todas partes, como si Dios fuera un dios de placeres mundanos, un Dios de bolsillo. Están perdidos en su pensamiento demoníaco, y por su causa, otras ovejas que les siguen a su vez se pierden en la vanagloria, en los excesos, y en muerte espiritual y eterna.

“Para Jesús, todos son ovejas perdidas que necesitan de un pastor que les guíe. Todos los hombres precisan arrepentirse... En la parábola de la oveja perdida... la oveja no hace nada para llevar al pastor a comenzar su búsqueda, a no ser el hecho de perderse. En la parábola el pastor encuentra a la oveja. Y después, en la conclusión de la parábola, se registra la alegría por ‘un pecador que *se arrepiente*’. Aquí ‘ser encontrado’ es equivalente a ‘arrepentirse’. Así, la parábola de la oveja perdida establece una comprensión radicalmente nueva de la naturaleza del arrepentimiento.”<sup>1</sup>

Por eso, más que nunca, nuestro oídos están prestos a escuchar la voz del buen pastor Jesús, que dice: ‘Cuando reconoces que estás perdido, que estás en falta, que necesitas a un

<sup>1</sup> Bailey, Kenneth E. (1995). *As parábolas de Lucas*, 3ª ed., São Paulo: Ed. Vida Nova, p. 205.

pastor que te rescate, te lleve en sobre sus hombros y te conduzca al redil de las ovejas, entonces sí estás en camino de arrepentimiento de tu pecado y mi ayuda y mi gracia está disponible para ti. Reconocer mi incapacidad delante de Dios de salvarme por mis propias obras, y confiar tan solo en el sacrificio del Buen Pastor Jesucristo, esto es verdadero arrepentimiento que obra de Dios mediante su Palabra y Sacramentos. Como dice Dios por medio del profeta Ezequiel: “Yo apacentaré mis ovejas, y yo les daré aprisco, dice Jehová el Señor. Yo buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada; vendaré la perniquebrada, y fortaleceré la débil; mas a la engordada y a la fuerte destruiré; las apacentaré con justicia” (Ez. 34:15-16). Y así se cumplirá lo que dice Jesús en el evangelio: “*Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento*” (Lc. 15:7).

Sin esa búsqueda de Jesús, sin esa venida suya hasta nuestra realidad, que nos rescata de la muerte, de nuestros pecados, quedamos como ovejas perdidas, y no somos salvos. Más Jesús vino y nos rescató, nos buscó, nos tomó en sus brazos, y nos llevó de vuelta al redil de las ovejas, a un lugar seguro, con buenos pastos, con agua fresca, con alimento sano. Esta es una gran enseñanza: cuando el pastor busca a la oveja perdida, es para traerla de regreso al rebaño, donde está el pasto y el agua necesarios. Por eso, cuando Cristo nos llama al arrepentimiento, nos trae de vuelta a su comunidad, la iglesia cristiana. Cuando Jesús nos llama, lo hace para regresar con él a donde está el rebaño de las otras noventa y nueve ovejas. Jesús nos anima a regresar siempre a Él, y a la iglesia también. No importa qué pecados tengas; no importa qué pecados cometiste mientras estuviste perdido; no importa si quizás hay alguna oveja del rebaño que te mire con un poco de desconfianza. Recuerda lo siguiente: cuando vuelves a la iglesia, es Jesús quien te carga en sus brazos, es Jesús quien te sostiene, quien te ha liberado de la carga de tus fallas y pecados, es Él quien con amor te busca y te salva. Jesús está sosteniéndote con sus hombros, y te trae feliz porque te ha rescatado.

La alegría de Jesús, es el corazón que se convierte, que reconoce delante del Señor que está perdido, y que necesita de ayuda. A Jesús le apasiona dar su vida por las ovejas perdidas. Jesús es amor, y por eso ama ir tras la única oveja que se pierde, si con eso él tiene que dejar de lado por un momento la atención a las otras noventa y nueve para ir a buscarte. Sólo Jesús es capaz de hacer eso por ti, y realmente lo hizo, cuando él fue tratado como oveja descarriada en tu lugar; cuando le golpearon y le clavaron en una cruz. Todo eso Jesús hizo por ti. Porque “*todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros*” (Is. 53:6). “*Angustiado Él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca*” (Is. 53:7). “*Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados*” (Is. 53:4-5).

El Cordero de Dios, fue maltratado y herido en rescate de las ovejas perdidas. Fue herido y abandonado en nuestro lugar. Aunque no tuvo pecado, fue tratado así por el pecado de las ovejas perdidas, que habían abandonado a Dios. Padeció el castigo que merecía la humanidad, por haberse perdido siguiendo dioses extraños, y la voz egoísta de su codicioso corazón. Cristo Jesús es el pastor que se sacrificó al extremo para pagar la desobediencia de su perdida oveja. “*Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna. Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén*” (1 Ti. 1:15b-17). Alegrémonos hoy con Jesús por la salvación que logró para nosotros, y quien nos dice: “*Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido*” (Lc. 15:6). Amén.